

## Bajo el árbol de Cervantes



JUAN IGNACIO GARCÍA GARZÓN

### «ENTREMESES» ★★★

**Autor:** Miguel de Cervantes.

**Dirección:** José Luis Gómez.

**Escenografía:** José Hernández (a partir de su diseño original).

**Vestuario:** María Luisa Engel.

**Iluminación:** Juan Gómez

**Cornejo. Música:** Luis Delgado.

**Intérpretes:** Julio Cortázar, Miguel Cubero, Palmira Ferrer, Javier Lara, Luis Moreno, Inma Nieto, José Luis Torrijo, Elisabet Gelabert, Diana Bernedo y Eduardo Aguirre de Cárcer (músico). Teatro de la Abadía. Madrid

Como un tótem erguido en el corazón del escenario, el tronco robusto de una encina es el numen tutelar bajo el que se acogen y agitan las criaturas que pueblan los tres entremeses de Cervantes agavillados en este hermoso espectáculo, cuyo comienzo y conclusión subraya ese simbolismo arbóreo con cantos y gorjeos de pájaros diversos. Cuenta Juan Eduardo Cirlot en su «Diccionario de símbolos» que la encina es el árbol consagrado a Júpiter y Cibeles y simboliza la fuerza y la duración. Dos precisas virtudes para colocar en el frontispicio del Teatro de la Abadía, que recupera y revisa uno de sus montajes fundacionales, estos «Entremeses» mezcla de lo culto y lo popular. Por ese hilo nos remontamos al espíritu de La Barraca lorquiana y el teatro ambulante comandado por Alejandro Casona, y más atrás en el tiempo, a la raíz fecunda de nuestro teatro áureo.

José Luis Gómez cocinó allá por 1996, y ahora vuelve a poner

al día su receta, una fiesta cervantina aromada con la alegría gestual de los códigos de la commedia dell'arte. Así, por citar un par de ejemplos, bajo los trazos con que se dibuja al estudiante de «La cueva de Salamanca» y el Chanfalla de «El retablo de las maravillas» -ambos encarnados por Miguel Cubero con canallesca picardía- se adivina la sonrisa trapacera de Arlequín, y tras la achacosa desconfianza de Cañizares, «El viejo celoso» -interpretado con descacharrante eficacia por Luis Moreno- habita un Pantalón en toda regla. Tres historias iluminadas por el ingenio profundo de lo esencial que juegan con el yantar, la holganza venérea y los engaños concebidos como castigo a la mezquindad, las falsas apariencias y la petulancia, en un vaivén que enlaza lo festivo y lo moralizante. Si seguimos con el esquema de vasos comunicantes, los argumentos nos llevan a Boccaccio, Chaucer, el infante don Juan Manuel, y tirando aún más de la madeja, al vivero inagotable de «Las mil y una noches».

Cantos y bailes que evocan un estilizado mundo rural esponjan el espectáculo, cuya escenografía remite a la diseñada en su día por José Hernández. Hay mucho de celebración de la palabra cervantina y el vigor inextinguible del teatro en la puesta en escena de Gómez, urdidor de una metódica y divertida tracería de gestos, guiños y acciones que inundan de vivacidad los entremeses, muy bien vestidos por María Luisa Engel. Del montaje primitivo perviven en el reparto el ya citado Miguel Cubero, Inma Nieto y Elisabet Gelabert. Todos, como el resto de los inspirados intérpretes, se multiplican en varios papeles con gracia, brío y estupendas caracterizaciones.

